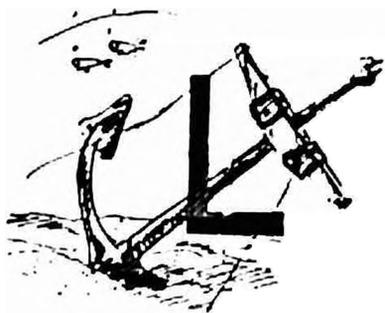


Relatos marineros  
de la vida anecdótica

# ANIMALES EN PIE

Por CAP. Ra.

Inicio este relato, dejando constancia de un penoso hecho: transcurridos cincuenta y cinco años, han fallecido todos los oficiales, desde el comandante hasta el último guardiamarina, que formaban parte de la tripulación del crucero en que se desarrollaron principalmente los acontecimientos. Quedo, en consecuencia, como el único "para contar el cuento", como se dice vulgarmente. No por eso, amables lectores, aprovechare para apartarme de la realidad, salvo, naturalmente, en aquellos aspectos que podré llamar "jocosos—literarios", que constituyen la "salsa" indispensable en todo relato de este tipo.



LOS CRUCEROS antiguos, aquellos que a principios del siglo constituyeron nuestra principal fuerza naval, carecían de grandes departamentos frigoríficos o artefactos como los existentes hoy día, para almacenar víveres frescos para largas temporadas. En cada puerto del litoral había proveedores que llevaban a bordo periódicamente aquellos elementos frescos indispensables para el sustento de las tripulaciones. Pero, cuando

un barco debía permanecer largos meses en regiones poco socorridas o en lugares inhospitos para cumplir misiones como aquellas memorables comisiones hidrográficas que trazaron páginas brillantes en la Marina del pasado, los comandantes, antes de partir, debían preocuparse de llevar el máximo de víveres frescos que las circunstancias requerían, y, entre estos, principalmente carne. Al no contar con cámaras frigoríficas, esto último se solucionaba embarcando animales en pie, especialmente vacunos y ovejunos. Con esto se lograba un doble benefi-

ció: primero que todo, porque la ración de armada, durante los 365 días del año, estaba constituida por cazuela y porotos, y luego por que, de estos animales se sacaba un subproducto de mucho interés: el cuero. El oficial del detalle llevaba un libro que precisamente se titulaba "libro de plata de cueros", al cual se ingresaba rigurosamente el producto de la venta de los cueros, sacos viejos, tarros vacíos, o cualquier otro objeto inútil a bordo. Esos dineros se administraban correctamente para emplearlos en beneficio general, tal como la mejora del rancho para las festividades patrias. Si los dineros alcanzaban, hasta podíamos celebrar el 21 de mayo con una rica cazuela de ave. Podría decirse con cierta propiedad, que esa "plata de cueros" dio origen con el tiempo a las actuales "secciones de bienestar".

La faena de embarcar los animales, no dejaba de tener atracción. Desde luego, los corderos — mansos, sumisos y humildes — amarradas sus patas con un nudo marinero, eran transportados en botes o faluchos amontonados unos sobre otros como si se tratara de sacos de papas. No ofrecían problema alguno. Pero con los cornudos la cosa era diferente. Si el puerto no contaba con buenos elementos de embarque, se les llevaba a nado, remolcados de los cuernos por embarcaciones a remo y luego eran izados a bordo con los pescantes o plumas del barco. En los puertos con buenos elementos de movilización, se los transportaba en faluchos o lanchones. Una vez al costado, comenzaba lo bueno. Tres o cuatro marineros baqueanos bajaban a la embarcación y sin grandes dificultades, dado que los animales iban convenientemente amarrados, procedían a colocar la faja, pieza de lona que tomaba la res por debajo del vientre, dejando libre las gazas a las cuales se enganchaba el aparejo con que se les alcanzaría a bordo; en cubierta, otros no menos peritos—generalmente se les elegía entre personal venido del campo—, se encargaban de largar la faja, dejando al animal libre para que otro lo llevara al encierro que se preparaba oportunamente. Como se trataba de una faena que no dejaba de tener su encanto y que para muchos constituía una novedad, el resto de los tripulantes, marineros y oficiales, tomaba colocación en jarcias, puente volante, cubierta de botes o cofas, siempre lo más alejado posible, mientras el que dirigía la faena de encierro toreaba la res valientemente hasta con-

seguir dejarla en su corral. Algunas veces tocaban animales ariscos o bravos; entonces el "toreo" era perfecto, dándonos oportunidad de celebrar hechos curiosísimos.

En una ocasión, un novillo embistió contra quien pretendía encerrarlo, con tal ímpetu, que al buen hombre no le quedó más que correr velozmente hacia popa para protegerse en cualquier forma; se metió al pasillo de oficiales y luego a un camarote. El animal que lo perseguía, entró al pasillo decididamente, pero como éste era angosto, no pudo darse vuelta y allí se detuvo. Un valiente lo agarró de la cola, uniéndola a un aparejo con un nudo marinero; luego se laboreó un winche con el que se arrastró al bruto hasta que estuvo en cubierta; pero la faena de largar la cola, para luego llevarlo al corral, fue sencillamente espectacular. Los tripulantes, como siempre, ocupaban los sitios preferidos como los mejores de la "Plaza de Ventas" de Madrid.

En otra oportunidad, yendo el buque en altamar, tal vez por descuido, se salió del corral una vaquilla joven y ágil. Los tripulantes corrieron a tomar colocación a los sitios preferidos para observar lo que ocurriría. Uno de los buenos aficionados saltó a cubierta y, chompa en mano, comenzó a torear con verónicas elegantísimas, pasos de pecho o por alto; mas, no contaba con la agilidad de la joven hembra que lo perseguía sin dar tregua. Cuando el hombre se sintió perdido, subió rápidamente por la escala que daba al puente de navegación; pero la vaquilla en dos saltos estuvo arriba. El teniente de guardia, sin pérdida de tiempo, subió por la escala vertical al puente del magistral; el guardiamarina ayudante se metió a la sala de cartas, colocándole llave; el señalero de guardia alcanzó a descolgarse del puente utilizando una driza que tenía a mano y, el timonel, largando la rueda de gobierno, se dejó caer por la banda contraria y corrió al puente de popa. La vaquilla, sintiéndose dueña de la situación, se instaló tranquilamente a contemplar el panorama, mientras el timonel guiaba la nave desde la rueda auxiliar. Una hora después, cuando sintió hambre, bajó tranquilamente por donde había subido y se dirigió al corral.

Pero, si difícil resultaba la faena de encierro, la de dar muerte a una res, era sencillamente inenarrable.

La Armada, entonces contaba con algunas escuelas de especialidades, mas no podía dar-

se el lujo de tener una de matarifes; esta función la cumplían, cuando era necesario, los "ayudantes de despensa", grado con que ingresaban al servicio quienes seguirían el escalafón de "Maestros de víveres", personal dependiente del departamento de abastecimiento y contabilidad. No siempre estos hombres habían tenido oportunidad en la vida civil de aprender el oficio, de modo que era a bordo donde, con los años, llegaban a hacerse peritos.

El aprendizaje comenzaba con los corderos, animales dóciles, que van al sacrificio resignadamente, sin lanzar el menor quejido. Se les amarra las cuatro patas o se les sujeta firme, simplemente, y con un afilado cuchillo se le da un corte profundo en el cuello; ellos colocan la cabeza descansadamente y miran hacia arriba sin demostrar el menor sufrimiento. Pero de ahí al vacuno, hay gran diferencia.

El día de matanza, que se realizaba generalmente entre cuatro y cinco de la tarde, la tripulación disponible tomaba colocación en las graderías cercanas; batayolas, puente de botes, puente volante o jarcias, para desde allí presenciar el espectáculo. Cuatro o cinco hombres decididos amarraban al animal y lo arrastraban al sitio determinado, mientras el matarife preparaba sus herramientas. Una vez todo seguro, el técnico comenzaba a dar cuchilladas tratando de degollar antes de atreverse a clavar el cuchillo en el corazón. El animal se revolcaba y en sus esfuerzos perdía sangre hasta morir.

Una vez descuerado, vaciado y limpio, entre dos o tres comenzaban a descuartizar, cumpliendo estrictamente las órdenes del maestro de víveres con respecto a las partes principales que debían separarse para proceder a su distribución: el filete, para el comandante; el lomo, para la cámara de oficiales; la lengua, para el contador de cargo; los chunchules para la cámara de ingenieros, las patas, para los sargentos. El maestro de víveres conservaba para sí la cabeza. El resto, se almacenaba para ir cortando trozos que bajo el nombre de "tumbas", alimentaban diariamente el fondo de la tripulación o las cazuelas de los oficiales. Tratándose de corderos, las criadillas y los riñones correspondían al comandante; el resto del animal, a los oficiales y personal, con excepción de la cabeza que pertenecía rigurosamente al guardiamarina de entrepuentes, único que por aquel entonces tenía derecho a camarote. En éste, principalmente en altamar, se realizaban todas

las tardes reuniones de simpática camaradería, en las que se daba cuenta de tan exquisitos manjares. ¡Qué de magníficos recuerdos de esas tardes, cuando, mientras el sol se ocultaba en el horizonte, nosotros nos ocultábamos en ese camarote tan nuestro!

Allí no podía faltar un bistec a lo pobre o un filete de lomo que, en connivencia con el despensero, sacábamos de la parte del comandante u oficiales. Más de una vez le sacábamos la lengua al contador de cargo. El día de matanza de corderos, en muchas oportunidades nos comíamos las criadillas. Si el comandante reclamaba, era fácil convencerlo que los corderos habían resultado capones y hasta nos atrevíamos a comernos los riñones, pese a que sería imposible convencer a nuestro jefe que los corderos habían salido "sin riñones". Algunas veces nuestros camaradas ingenieros nos birlaban los sesos y el despensero, con todo cinismo, certificaba que los corderos habían salido "sin sesos".

Siendo teniente segundo, fui destinado a un crucero que permanecería largos meses en el litoral norte en comisión hidrográfica. Creo como una obligación el dejar constancia, para la sana comprensión de mis amables lectores, que tuve la suerte de contar como compañeros un grupo de jefes y oficiales eficientes, grandes camaradas, estrictos cumplidores del deber, y una dotación—clases y marinería—preparada, a quienes nos unía la más sana camaradería; mas, todos estábamos listos para celebrar cualquiera broma o jugarreta de aquéllas que hacen más llevaderas las horas en caletas deshabitadas o puertos de poca importancia. A todos debiera describirlos. Esa difícil tarea la concretó al expresar que nuestro comandante era un capitán de fragata soltero, de gran espíritu de comprensión y de gran fortuna personal. Su caja de fondos estaba siempre abierta para cooperar en todo lo que fuera necesario. Permítaseme que rinda un sincero homenaje de afecto, a todos esos camaradas, en la persona de mi gran amigo el teniente Gustavo.....que falleciera hace algunos años siendo capitán de navío. Quienes lo identifiquen estarán conmigo si digo que unía a su simpatía personal, alegría, gran humor, inteligencia sobresaliente y preparación profesional de primera magnitud. Con su fallecimiento, la Armada perdió a uno de los oficiales superiores más distinguidos de la época.

Se había dispuesto el día antes de dejar Valparaíso para esa larga misión, el embarque

de animales en pie, ya que la zona en que actuaríamos no era apta para proporcionar los víveres frescos necesarios. Era una tarde de sol maravillosa, una de esas tardes de Andalucía tan propicias para las grandes "corridas de feria". Con la experiencia que yo poseía en esas faenas en que había participado más de una vez, propuse a Gustavo que organizáramos una "corrida de toros", recomendando, como primera providencia, los mejores tendidos de sol y sombra. Un grupo de tripulantes, siguiendo nuestra broma, organizó una "murga" para amenizar la fiesta bravia; como el oficial de detalle desconocía las condiciones de los tripulantes para estas faenas, dispuso que voluntarios ocuparan los distintos puestos. No fue difícil elegir a quienes debían colocar las fajas en los faluchos y a los que, en cubierta, se encargarían de desengancharlas. El contramaestre se encargaría de aparejos y winches. Mas, en cuanto a los que llevarían los animales al encierro, la cosa no tuvo voluntarios. Entonces, ante el asombro general, saltó al ruedo el cirujano de cargo, español legítimo, gran amigo y camarada, el que, antes de llegar a Chile y enrolarse en la Armada, había toreado muchas veces en aquellas corridas benéficas tan comunes en España, en las que actúan solamente aficionados, especialmente estudiantes universitarios, él, como alumno de medicina en la docta ciudad de Salamanca, había sido un experto.

Las graderías estaban muy concurridas; marineros y oficiales ocupaban lugares estratégicos. La murga amenizaba el espectáculo con alegres "paso-dobles". Los animales se agitaban en el falucho intranquilos; eran quince magníficos ejemplares de tres a cinco años, gordos y vigorosos, provenientes de las mejores manadas aconcañinas. Lucían largos y afilados cuernos. El doctor, en el ruedo, provisto de su propia capa forrada en rojo (recuerdo de cuando fuera miembro de la "tuna" en la vieja universidad salamanquina) estaba eufórico, lucía gallardo, no precisamente con chaquetilla de pedrerías, pero sí con su brillante uniforme de oficial naval, de fajas y botones dorados que al sol de la tarde brillaban como oro.

Se inició la faena al toque del pito del contramaestre.

El primer animal dio bastante trabajo a los peones que colocaron la faja y no menos a quienes debían sacarla en cubierta. Era un ne-

gro que pesaría unos quinientos kilos, de pelo brillante, animal ágil, de bien formados cuernos. El doctor, desprendiéndose de su rango, como lo hiciera cien veces en las arenas patrias, se sacó la gorra y brindó el animal a marineros y oficiales.

Debo declarar en honor a la verdad, que nunca antes ni después, en las decenas de corridas que he presenciado en la Madre Patria, he tenido oportunidad de admirar faenas más perfectas que la realizada esa tarde por el cirujano salamanquino: toreó quince animales, uno tras otro, con gracia y valor, derrochando entusiasmo con "verónicas" de gran estilo, "pases por alto", "pases de pecho", "naturales" y esos que hoy llaman "manoletines". Con el último animal se arrodilló ante sus cuernos, tocando la testuz con arrogancia. La tarde terminó con todo éxito, brindándose al magnífico aficionado, los mejores aplausos, mientras a los acordes de un "corrido sevillano", recorría la cubierta. -

¡Ya hubiera querido ver a un Ordóñez, un Girón o un Bienvenida, toreando así, sobre la cubierta acerada de un buque de guerra, sin ayudantes, sin barreras, sin picadores!

Nuestro barco tenía un despensero, grado más alto en el escalafón de maestros de víveres. Era hombre eficiente; pero nunca había estado embarcado en buques alejados de centros de abastecimiento, de modo que no había tenido oportunidad de desempeñarse como matarife. Tuvo la sana ocurrencia de convencer a sus superiores que era mejor terminar con los corderos. Los vacunos estaban gordos y había a bordo bastante forraje para muchas semanas; en cambio, los corderos irían perdiendo peso en perjuicio de la buena calidad de su carne. En el fondo, lo que el buen hombre se proponía era familiarizarse con la sangre fresca, perder miedo a los cuchillos largos, a la vez que aprender a descuerar y despostar. El cordero, manso e inofensivo, era lo indicado.

Durante meses, sólo comimos carne de chiporro, no muy lechones que digamos. ¡Qué de cabezas saboreamos en el camarote del guardiamarina de entrepuentes, el inolvidable y buen amigo Carabantes, que invitaba a las veladas vespertinas a los tenientes jóvenes y a nuestros colegas ingenieros que así no podían aprovecharse de los sesos que nos pertenecían! Cuando el matarife terminó con los ovinos, ya estaba más o menos perito; no obstante, el primer cornudo nos ofreció un espectáculo como

para no olvidarlo. El hombre estaba nervioso, se daba cuenta que no era lo mismo degollar a un inofensivo cordero, que hacerlo con un buey de quinientos o más kilos, brioso, fornido, bravío. El doctor, nuestro magnífico torero embarcado, había insinuado que con el primer animal que se beneficiara, debería hacerse una corrida efectiva, llegando hasta el "descabellado" para lo cual había preparado su propia espada. Pero el comandante, impuesto del asunto, no lo aprobó; había presenciado muchas corridas en España y bien sabía que los mejores matadores, una vez en cien, dan cuenta del animal a la primera estocada; por lo general, el sufrido bruto sale corriendo con el arma clavada hasta la empuñadura.

Va por entonces contábamos Gustavo y yo con un "circo" brindábamos alegres tardes sabatinas. El tony era un graciosísimo marinero de máquinas, que para esta corrida tomó a su cargo nuestra bien sincronizada murga.

Preparamos jocosos y llamativos afiches, invitando a todos los tripulantes a ocupar las mejores aposentaduras. El doctor permaneció atento en cubierta por lo que pudiera ocurrir. La cuadrilla de alistadores procedió a manear la res, voltearla y arrastrarla al sitio elegido para la matanza; pero, sea por falta de experiencia, sea porque el animal era realmente bravo, los nudos quedaron sueltos y corredizos, a lo que nadie dio importancia. El matarife inició la faena; pero como el animal se movía nervioso, no se atrevió a dar una estocada en las cercanías siquiera del corazón; acometió con un corte profundo al cuello y creyendo dominada su presa, procuró dar un golpe mortal sin percatarse que

el animal había logrado zafarse de las amarras; puesto en pie, arremetió contra su verdugo, quien solamente atinó a correr hacia proa sin importarle lo que dejaba atrás. Entonces, el legítimo torero salamanquino saltó a cubierta, se sacó la chaqueta e inició una faena digna de las grandes fiestas bravias. El animal trató de atacar, pero la sangre lo debilitaba ostensiblemente. En un momento, dobló las rodillas. Nuestro gran aficionado, pidió una espada:

— ¡Un tajante, inmediato....! , gritó.

Un marinero corrió a la sala de armas y apareció al instante con un tosco sable de abordaje. El torero, recordando sus buenos tiempos, se sacó la gorra y brindó a todos el hermoso animal, procediendo de inmediato al "descabellado". Hubo de dar tres clavadas antes que el bruto doblara la cabeza definitivamente.

Grandes aplausos de palcos y graderías; inmensidad de pañuelos blancos se agitaban mientras la murga tocaba sus mejores aires flamencos. El contra maestre, a cargo de la cuadrilla de aparejos y winches, arrastró a la víctima al sitio de descuartizamiento.

Antes de la cena, ofrecimos un vermut de honor al magnífico torero. Gustavo había hecho cortar las orejas y el rabo que le ofrecimos en una hermosa bandeja de plata, como justo premio a su brillante actuación. Al doctor se le llenaron los ojos de lágrimas: "saudade" de sus buenos días vividos en Salamanca.

Gratos recuerdos de esa Marina del pasado, técnica y extraordinariamente eficientes, en donde soplaban un aire de "nosequé", que nos permitía vivirla con entusiasmo contagioso.

